

# *La confesión*

ROSA CHACEL



*C*

Editorial Comba



Seis años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2020

Colección Ensayo

# *La confesión*

ROSA CHACEL



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
*Venus del espejo* (1647-1651), Diego de Velázquez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Rosa Chacel, 1970, y Herederos de Rosa Chacel

© Editorial Comba, 2020  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-122232-2-4  
DL: B-19.672-2020

# Índice

Preámbulo	9
La confesión	19

*Para Concha*  
*los campos por donde corríamos*  
ROSA

## Preámbulo<sup>1</sup>

En este libro, escrito hace unos quince años, ya queda dicho que trata de ser respuesta a la pregunta formulada por Ortega: ¿por qué escasean las memorias, y más las confesiones, en la literatura española? Ahora, después de tanto tiempo, la pregunta parece no coincidir tanto con la realidad. Las memorias empiezan a pulular en su cualidad más densa, autobiografía las más, confesión algunas... Insistir, de entrada, en lo que también está ya expuesto en el libro —la condición o consistencia fundamental en toda confesión—, puede servir, sino de aclaración, de indicación al menos para la ruta que conviene tomar en la investigación de los dos fenómenos: por qué antes no las había y por qué ahora las hay.

Dije, en la primera línea, «las confesiones más dramáticas, entre las grandes de la historia, son las que están animadas por el sentimiento de culpa». Las más

---

1 Publicada por primera vez en 1971, Rosa Chacel escribe este prólogo a *La confesión* para la edición de bolsillo de 1980 (N. del E.).

dramáticas resultan ser las más verdaderas, es decir, las más consecuentes con su razón de ser, con su móvil o causa; por lo tanto, la profusión —estoy por decir la producción— o la carencia tienen que obedecer a la superabundancia o la merma o extinción de la materia prima.

Entre las numerosas citas de Kierkegaard que incluyo aquí, una me parece la más directa a este tema: «Atreverse a ser enteramente uno mismo, atreverse a realizar un individuo, no tal o cual, sino éste, aislado ante Dios, solo en la inmensidad de su esfuerzo, tal es el heroísmo cristiano.» Atreverse a realizar un individuo es asumir el delito de haber nacido —«el delito mayor del hombre»— ante Dios, de quien es imagen y semejanza... Ahora, un joven escritor dice que «el hombre de hoy cree que no cree en Dios», definición perfecta de nuestra más arraigada creencia. Sin embargo, la culpa... A veces tocamos la verdad más allá de la creencia; no una verdad que la destruya ni que la corrobore, sino una verdad que coexista con todo, con sus contrarios como con sus afines. La verdad que sólo puede surgir como imposición poética, fulminante...

La sentí un día en el Zoológico de la Plata, un día de primavera avanzada, de verano que irrumpía en una bocanada de calma (bien me doy cuenta de que esto no sirve para apoyar ninguna tesis, pero si lo olvidase, si no hiciera aquí mención de su valor de hecho real, omitiría la ejemplaridad de una vivencia avasalladora). Un día, en el Zoológico de La Plata, ya puesto el sol, me detuvo —éxtasis que impide echar un paso después



de otro— la contemplación del terror... El terror era el aliento del jardín. Había una pequeña rosaeda, un macizo de rosas rosa —las más carnales, las que más pueden parecer vivas—, y estaban abiertas, tan serenas, tan dispuestas a pasar la noche en aquella vigilia, sin recatarse, sin buscar defensa para su carnalidad, para su mortalidad... «El mismo cerco alado que estoy viendo riente, ya temo amortiguado.»<sup>2</sup> Sí, pero ellas parecían no temer nada. En cambio, los gorriones hervían de terror, gritaban furiosamente entre el ramaje de la glicina, luchando por encontrar lugar seguro, disputándose las ramas más altas y aisladas, desalojando de ellas a los que las ocupaban.

El terror en ellos era griterío, desahogo, expresión de su pequeñez. Los otros, los más poderosos, los más fieros, todos temblaban y se escondían en sus refugios. Sentían el sueño que les cerraba los párpados y se negaban a dejarse caer en él. Gruñían un poco para mostrar su fiereza medio extinta, para amenazar y también para implorar, para dejar ver su angustia exhortando a la piedad... Se refugiaban en sus guaridas y se apretaban a sus crías —ésos eran los más aterrados, los que las llevaban sobre el lomo como una excrescencia maternal— oso hormiguero, comadreja, y andaban de un lado para otro sin acertar a encontrar un lugar seguro. Nosotros, los hombres (recuerdo con inmenso cariño a mis amigos, los estudiantes de La Plata, que

---

2 Versos pertenecientes al poema 'Pura, encendida rosa', de Francisco de Rioja (Sevilla, 1583 – Madrid, 1659). N. del E.

tanto me acompañaron en la época de mayor esfuerzo; recuerdo con infinito sentimiento a los que partieron definitivamente), los hombres, los humanos, íbamos por allí, viendo, respirando su terror y nos sentíamos profundamente culpables... de no sé qué. Aunque sí lo sé: nos sentíamos culpables de no poner toda nuestra fuerza —toda nuestra fiereza de leones despiertos, toda nuestra fuerza de bisontes o elefantes, fuerza suficiente para desgajar árboles— en la defensa de la vida. Nosotros, los hombres, con nuestras cabezas más poderosas que toda fuerza irracional, andábamos por allí, entre ellos, y nos tenían miedo... Con razón.

Bueno, como poesía ya es bastante, querría recordar otros momentos en que la culpa germinaba... No, no, la culpa no germina lentamente, hace eclosión en la conciencia —en su último fondo, donde apenas se la divisa— como cuando se abre una flor y llena de olor el ambiente. Los gérmenes sí son lentos y se acumulan solapados, no alteran la marcha del actuar consciente; vive uno tranquilo, incubándolos. Más que tranquilo, seguro, con su petulancia innovadora —el innovador como el conservador, uno y otro aferrados a la seguridad en su personal empeño—, cumpliéndose porque —corrijo una vez más— los gérmenes no son nada que se produzca con vida parasitaria. No, los gérmenes somos nosotros mismos, cada uno acumulando su yoidad, hasta grados de densidad incalculables. Era lo que pasaba en aquellos tiempos, en aquéllos que se calificaron de *twenties*, calificación numérica que marca hoy

su excepcionalidad cualitativa. Se estrenaba *Un perro andaluz* y todos quedábamos deslumbrados, felices de encontrarnos en tal situación —porque eso era lo que pasaba, que «estábamos en eso»—, y cada uno respondía a su modo. Fueron muchos los que respondieron asintiendo, entregándose, sin comprender gran cosa —o comprendiendo lo que había que comprender—; otros, queriendo comprender más. Yo entre estos últimos.

Yo, con el mayor entusiasmo y, sobre todo, creyendo ver en aquello tan insondable profundidad, tan inagotable riqueza de sugerencias, de noticias no sospechadas antes, temí emitir un juicio exiguo o despistado y escribí a Buñuel una carta. Buñuel me inspiraba enorme admiración, pero no me intimidaba, era uno de los chicos de mi tiempo, unos cuantos años menos que yo, y le dije, en mi desenvuelta franqueza de buena Juanita, que me gustaría hablar con él para que me esclareciese un poco ciertos puntos que tal vez no había sabido interpretar. Buñuel me respondió. Esto que pude considerar gentileza se redujo a una explicación somera; me dijo —por desgracia no conservo la carta, que hoy sería tan valiosa, pero recuerdo bien su contenido que, sin ninguna contención, se explayaba—: «Esto —cita aproximada— no significa más que una incitación al crimen y a la violación.» Yo me sentí profundamente ofendida porque aquel exabrupto demostraba que me creían lo suficiente pusilánime para asustarme de aquellos términos, y volví a escribirle, diciendo que no me había impresionado y que, a pesar de aquellos temas tan interesantes, seguía teniendo empeño en hablar con él.

No sé si hubo más correspondencia, pero el caso es que vino a verme. Vino, me saludó con taconazo y todo, y charlamos un buen rato. ¿Cordialmente? No. ¿Hostilmente? Tampoco. Desempeñamos nuestros respectivos papeles como un par de idiotas, como dos niños mal educados que éramos, cada uno en su estilo. Él tenía todas las de ganar y ganó a toda velocidad, triunfó tal como merecía; yo me eclipsé —lo que se eclipsa queda escondido tras un cuerpo que oculta su brillo, yo no tuve nunca brillo, nadie me eclipsó: yo me difundí en el silencio ligeramente salpicado por encomios de algunas mentes prestigiosas—; yo, con mi desprevenida franqueza de buena Juanita o tal vez de Juana la lista —mis tipos ancestrales eran esos universalmente creados como paradigmas de la mujer cabezuda—, con mi sencillez y seguridad —mi seguridad era inmensa... ¿En mí misma, en mi personalidad, en mis valores? No, en mi vocación, que sobrepasaba en mucho a lo que se llama vocación profesional.

La mía era vocación vital, esencial, a la que me había consagrado en mis primeros años, a raíz de otro éxtasis tan irracional como el que había de conmoverme cincuenta años más tarde ante la vida atemorizada de las bestias. Lo irracional en aquella primera visión se posesionó de mi mente, de las tres potencias de mi alma (el hecho está suficientemente narrado en mi autobiografía), con tal firmeza de invasión como para ocupar el ámbito entero y no dejar jamás entrada al enemigo —bien claro está que se trata del enemigo esencial—. Temo que esto no esté claro, pero no logro

comprimirlo más; temo no poder salvarlo de la pesadez, de la enfática prosopopeya; temo decir claro —con el temor que acomete, que corta la voz al pronunciar el nombre del ser amado—; temo decir claro que así como el terror de las bestias me hizo ver —visión de la evidencia misma, vida— presencia angustiada por la carga de la existencia —del mismo modo, ya está dicho, ante la visión del Apolo—, vi la vida del hombre liberada de la angustia por la ley —ya está dicho—, es decir que vi el hombre, el humano, tal como debe ser, tal como tiene que ser... A esto me consagré, en esta vocación ingresé en los primeros años de mi vida. Conste que lo único raro que hay en esto es la desfachatez con que lo expongo. Otros lo habrán vivido tal vez con la misma intensidad, algunos con más timidez, otros con mayor formación académica como para exponerlo en forma más digna de crédito. El caso es que unos cuantos, revestidos por el hábito endosado —tan indeleble como el grano o textura de la propia piel— circulamos por entre el progresivo caos... ¡Ah! Conste también que sin hostilizarlo, mirándolo con la delicadeza del que estudia, sin echar la mano.

Por todas estas razones —nuevamente la fecha, veintitantos— cuando apareció la traducción de los *Cantos de Maldoror* dije, rotundamente, ¡me dan ganas de vomitar! Lo dije y, como es natural, pagué las consecuencias, quedé al margen. Por la misma época, poco después, leí con pasión a Freud. En él las mayores inmundicias del alma quedaban salvadas por la ley —la investigación, la ciencia o su ambición, lo que nace en la pureza del

examen—, se podía contemplar sin repugnancia, luego... No voy a dilatar me en lo que pasó luego, me decidiré a hablar de ahora. Y el caso es que ahora hablamos con una desfachatez verbal que excluye toda reticencia. Ahora Sade, que en las manos de Freud era un tema profuso, laberíntico, ha invadido la estética y la ética. Los hijos del siglo se deleitan con los refinamientos del divino marqués, que ni siquiera la real y verdadera potencia del fútbol ha logrado higienizar. Entre tanto, los apolíneos —pues los hay, es seguro que los hay— nos limitamos a decir «el divino marqués, hablando en plata, era un tío asqueroso».

Y en este ahora que vivimos empiezan a brotar las memorias y las confesiones, lo que demuestra que la culpa late bajo toda conciencia actual. ¿Puede parecer que estoy dividiendo nuestro mundo actual entre los perversos o caóticos y los correctos, impolutos, dejando caer las culpas sobre los primeros? ¿Qué disparate sería! Hace tiempo que proyecto repetir un título célebre, *Yo acuso*. Me permitiré adoptar esa forma tan acertada y tan digna, añadiéndole un subtítulo, *A los buenos*, porque a éstos —entre los que me cuento— es profundamente a los que quiero acusar. Los malos —ya en otra ocasión he adoptado esta división de juego de chicos, buenos y malos, porque es muy real en su simpleza—, los malos en nuestra época son estupendos, han batido todo record histórico. Los buenos, en cambio, ¿qué es lo que han hecho? ¿Viven tranquilos con lo que no han hecho, por no haberlo hecho? No, no viven —no vivimos— tranquilos porque no hemos

sido capaces de hacer algo avasallador, algo seductor, tentador, que es lo único que sirve. No somos capaces de tentar con el BIEN. Ésa es la tersa. Tratamos, algunos, de sermonear —un modo como otro cualquiera de perder el tiempo—. No hemos logrado poner en celo a nuestra época, no hemos sabido hacerle la rueda, atontarla con un arrullo irresistible hasta amansarla, hasta hacerla dúctilmente fecundable. Esto es lo que se cierne sobre nuestra conciencia, nos sentimos tan culpables como los peores y quisiéramos arreglar algo a toda prisa, pero no se cose en un momento lo que está desgarrado profusamente por los años. Así pues, lo único que nos queda por hacer es pedir confesión.

*Madrid, 1979*

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*



15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones  
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*

26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*
30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*